

ARELLANO, J., *La Existencia Cosificada*, Eunsa, Pamplona 1981, 155 págs.

Si algo caracteriza la presente obra es su viveza. "La Existencia Cosificada" es una magnífica muestra de una reflexión que no es abstracta ni despersonalizada, sino enraizada en el vivir concreto. "Vivir meditando en torno a las cosas de la vida", así definió Zubiri la sabiduría socrática, y así se puede caracterizar el propósito del libro. Su autor propone en él un pensamiento vivo —por personal y comprometido—, acerca de los temas nucleares de la vida humana que aspira a ser capaz de dirigir la acción vital. Como escribe Arellano, "es preciso ser transparente a los acontecimientos y a los impulsos que los mueven; tratar de expresar, en nombres interpretativos, en pensamiento de comprensión y de crítica abierta, los hechos mismos; y por ello, proponer la manera de asumir estos hechos en vida, y desde la vida en praxis" (p. 66). Por ello, en este pensar comprometido con la acción, hondamente vital, se ve "el alma" del autor, sus convicciones y esperanzas, sus ideales y luchas. Y es que este pensamiento compromete la vida entera, puesto que "resulta un aventu-

rado arriesgarse a la verdad" (p. 68).

La obra se compone de dos estudios. El primero está constituido por *Seis ensayos leves*, artículos cortos, y el segundo, *La Cuestión de la existencia cosificada* —publicada inicialmente por la Universidad de Sevilla—, es la primera de un grupo de "Seis Cuestiones sobre el hombre nuevo".

*La existencia cosificada* representa un intento de hacerse cargo del fenómeno generalizado de la rebelión juvenil y, al hilo de esta, presentar los trazos de una existencia auténticamente humana. La "existencia cosificada, o inauténtica, es la de quien vive como una cosa racional, computadora de conceptos, desempeñadora de funciones asignadas por la sociedad-hecha. La existencia cosificada es la de la vida despersonalizada y anónima. La vida auténtica, la del hombre-en-ser frente al hombre-ente, es la del existente pensante, "aquel que asume decisiones en función del sentido (o la finalidad radical última) del ser y de la vida" (p. 96).

El primero de los artículos, *Capacidad de horizonte, capacidad de abismo*, plantea la tensión dialógica, no dialéctica, entre esas dos dimensiones del vi-

## BIBLIOGRAFIA

vir humano. "Andando por la llanada, el hombre tiene una capacidad de horizonte pequeña: la altura de sus ojos sobre sus pies; y una reducida capacidad de abismo: la elevación de su cabeza sobre el suelo. Si se arriesga el hombre a subir la montaña, su capacidad de horizonte aumenta; pero, solidariamente crece su capacidad de abismo" (p. 15).

Esta "tensión insoslayable e intensante" constituye toda la actividad humana. Porque, aunque el hombre tiende a rechazar esa tensión entre capacidad de horizonte y capacidad de abismo —en la medida en que es propenso a desfallecer de sí mismo y le resulta más cómodo reptar en el bienestar rastrero que elevarse erguido—, si no se arriesga a la conquista de su horizonte, se despeña en su abismo, porque se declara de antemano vencido y, en consecuencia, sujeto a la más triste esclavitud. "En la medida en que la vida radicalmente es riesgo creador, la neutralización del atrevimiento a los mejores bienes del hombre y al sacrificio por el ideal de vivir es un caminar al anquilosamiento" (p. 23), un dirigirse a la muerte. La dignidad del vivir humano exige ese esfuerzo arriesgado, el asumir la posibilidad del error en la búsqueda de la verdad.

La tendencia a la masificación, a la cosificación, al olvido de la aventura de existir, viene narrada por el profesor Aréllano en varios cuentos. *Una civilización del ruido* muestra cómo la inmersión del hombre en el ajetreo diario, en las ocupacio-

nes dispares, en la eficacia inútil —superabundancia de medios ayuna de fines— conduce a la cosificación. Si la ausencia de pensamiento y reflexión o de un trabajo pleno de sentido, en un principio aguijonea a quien la padece, pronto termina por adormecerse la desazón, al impedir el ajetreo que recuerde que ha olvidado pensar, vivir una vida humana: se olvida el olvido.

La inconsciencia del hombre masificado, el olvido del olvido, viene casi exigida por la hipocresía de la sociedad-hecha. *El otro gamberrismo* muestra la doblez de una sociedad que, condenando unos usos antisociales (contra la sociedad-hecha, de hombres-masa), empuja a la abdicación de ser-hombre, a la renuncia a una existencia humana.

La ignorancia inconsciente es el tema de *El otro paletismo*. "En el fondo todos los paletismos radican en alguna forma de inconsciencia, ignorancia inconsciente; el hombre los tiene sin saberlo.

Pero la modalidad de veras grave es la ignorancia con suficiencia; tener un paletismo y creer no tenerlo" (p. 41). Paletito es quien confunde su pequeño horizonte con el mundo universal, quien interpreta todas las costumbres por las suyas, quien "opina de todas las épocas históricas según los prejuicios y vanidad de la propia" (p. 42).

El urbanizado hombre-masa sufre esta enfermedad en su grado máximo pues, al acusar al "aldaniego" de paletito, olvida su propio olvido, ignora su igno-

rancia, y añade a esta su suficiencia. Se toma así en serio su propia frivolidad. Sospechar del propio paletismo es el único camino para dejar de serlo. "Y sólo con esta leve autoconsciencia que es sonreirse de sí mismo, el hombre masa ya ha empezado a dejar de serlo: ha comenzado a ser persona" (p. 48).

En la *guardarropa de las almas* plantea el prof. Arellano el descrédito social en que han caído virtudes como la sinceridad o la integridad y, en *Un sueño de pesadilla*, hace un rápido repaso de la historia que ilumina la situación actual. "Miré la sociedad masificada que ya se había acostumbrado a la violencia, al terrorismo y al aborto. El sopor del espíritu le proporcionaba una ilusión de paz. El torpor de la conciencia le deparaba una alucinación de libertad. Todas las afirmaciones y todas las negaciones de la vida se equiparaban en una misma permisión (...). El ánimo de los hombres se amodorraba en la calina del 'permissivismo'; este era el sistema político que amasaba todas las contradicciones de la vida; y lo cohonestaban nombrándolo con la noble palabra de democracia" (p. 60). Construir desde esa situación la democracia humana, la que une justicia social y dignidad personal, progreso colectivo y libertad del hombre concreto, es la tarea más esperanzada y difícil, de nuestros tiempos. Y que los hombres de alma triste digan que es imposible, confirma que es hacedera.

Comienza el Prof. Arellano la segunda parte de su obra dis-

tinguiendo entre "tener la razón" y existir la verdad. La razón, la racionalización es ambivalente: se razona la verdad y se razona la mentira. No se trata de tener la razón, sino de ser, o intentar, la verdad, tal y como la intentó, por ejemplo, Sócrates contra el pensamiento racionalizado y cosificado de la sofística. Ese camino del hombre hacia la verdad es en un 90 % destrucción de mentiras racionalizadas que la sociedad ha creado para cosificar al hombre.

"Para dejar abierta la posibilidad de ser hombre auténtico es preciso destruir las mentiras de la existencia cosificada. Ante todo las más vivas y vitales, aquellas cuyo recalar pringa los centros neurálgicos del existente humano y los paraliza; las mentiras que imponen los modos más hirientes de la existencia des— y antiauténtica: la 'burguesía', que configura el 'hombre-cosa'; la 'moral' que ha hecho el 'hombre-ente'; la 'técnica', que ha producido el 'hombre-máquina'; el 'bien-estar', que ha parido al 'hombre-vientre'; la 'cultura' que ha engendrado al 'hombre-bufón'" (pp. 83-84).

La primera de estas mentiras cosificantes es la del burgués. "Burgués" no designa al miembro de una clase social, sino al hombre que se reduce a lo que en él hay de cosa; "al interés económico o al vientre; a la seguridad vital establecida o a la renuncia individualista a vivirse en la universalidad social; a la 'costumbre' como cristalización impositiva de la vida hecha; al consumo de bienes co-

mo horizonte de la felicidad, etc." (p. 87). La gran mentira de la clase burguesa, que ha llegado ya a erigirse como única, es ese hombre-consumidor-individualista-en-masa.

La segunda gran mentira es la de la "moral". Esa moral que se "entiende como un sistema de 'costumbres' y de 'convenciones' adoptadas por el conllevarse, y en las que, —habiendo ya ellas recalado sectores masivos de la vida—, se ahogan los valores, fracasa la pureza del vivir, se neutraliza el afán heroico" (pp. 93-94). Es esta moral inmoral la que canoniza al hombre cosificado, al hombre ente.

El mito de la técnica, el miedo a la técnica constituye la tercera gran mentira, porque en ella se olvida el peligro del hombre para el hombre. "Ninguna creación técnica es de suyo anti-hombre, sino cuando el hombre lo es" (p. 111). La razón técnica ha construido una sociedad máquina en la que las necesidades técnicas no están al servicio del hombre, sino que lo conforman y condicionan.

La sociedad de consumo ha orientado el dinamismo de la vida humana hacia el horizonte del bien-estar, como satisfacción de unas necesidades que la misma sociedad ha creado. Pero el bienestar se opone —y agresivamente— al bienser. El bienestar "reduce el bien ser humano hacia lo bajo del hombre. Intenta esto en la superficie del vivir, con beligerancia agobiante; lo pretende, en la profundidad de la vida, con drásticas reducciones que crean la angustia" (p. 131). Este ataque del bienestar

al bienser, al robar al hombre la razón de vivir, al reducir el vivir bien al sobrevivir instalado en la comodidad, puede acabar con la sociedad. "Sólo la vida disparada a ideales, luchadora, hacia dentro y hacia fuera de sí, por serse el hombre en la autenticidad que plenifica, sólo la vida desgarrada de la vileza, arrebatada hacia la pureza, arriesgada a ser humanamente el hombre; sólo ella otorga a éste, al hombre, una razón de vivir" (p. 136).

Por último, *La cultura o el hombre-bufón* plantea la hipocresía de una sociedad que ha convertido en bufonería, en valor desrealizado, sin consecuencia en la vida, a la cultura, tolerándola mientras sea "una expresión incomprometida y alestargante" (p. 143). Al bufón se le permite decir todo porque su decir es absolutamente ineficaz. La cultura que corroe la sociedad hecha, es permitida en la medida en que es ineficaz. Lo prohibido es hacer lo que la cultura dice. Se paga al héroe mientras cante, se subvenciona al héroe mientras piense, pero se encarcela al héroe que existe como tal, que realiza realmente la cultura.

JORGE VICENTE ARREGUI

CRUZ CRUZ, Juan, *Hombre e Historia en Vico*, Eunsa, Pamplona, 1982, 388 p.

La filosofía de Giambattista Vico (1668-1744), aún siendo una